

ASHLEY POSTON

GEEKERELLA



minotauro





ASHLEY POSTON

GEEKERELLA

minotauro

Título original: *Geekerella*

© 2017, Ashley Poston
Todos los derechos reservados

Publicado por primera vez en inglés por Quirk Books,
Filadelfia, Pensilvania.
Este libro ha sido publicado por acuerdo con Ute Korner
Literary Agency, S.L.U., Barcelona
www.uklitag.com

Traducción de Ariadna Molinari Tato

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-450-0965-9
Depósito legal: B. 21.112-2020
Preimpresión: Ediciones del Simio
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

PRIMERA PARTE

MIRA A LAS ESTRELLAS

«Mientras la Nébula Negra devoraba a cada mundo y lo sumía en la oscuridad, se cuentan historias de un único destello de luz que fulguraba con más fuerza que una estrella y le dio esperanza a la gente cuando la habían perdido por completo. Esta es la historia de la nave galáctica Próspero y este su último viaje. Mira a las estrellas. Apunta. Enciende».

—Monólogo final, *Starfield*, episodio 54

ELLE

De nuevo, la madrastra del mal está haciendo de las suyas.

Entre rifas, cupones de descuento y promociones de revistas desperdigadas sobre la mesa de la cocina, ella está sentada muy erguida en una de las ruidosas sillas de madera, cortando con cuidado otro cupón. Cabello rubio platino que cae en rizos perfectos desde la punta de su cabeza; pintalabios del color de la sangre de un hombre; blusa blanca inmaculada; falda negra de tubo, planchada a la perfección. Debe tener una reunión con un cliente potencial.

—Querida, un poco más deprisa hoy. —Me chasquea los dedos para apresurarme.

Arrastro los pies hacia la barra y le arranco la tapa a la lata de café. El aroma es intenso y barato, el único que conozco en la vida. Mejor así, pues no podemos permitirnos café caro, aunque sé que eso no le impide a la madrastra del mal pedir su chai latte con soja y doble carga de espresso todas las mañanas y pagarlo con una de las docenas de tarjetas de crédito que tiene.

Catherine, mi madrastra, coge otra revista para recortar.

—Nada de carbohidratos hoy. Me siento inflamada y tengo una reunión con una pareja por la tarde. Grandes planes para su boda. Ella es una debutante, ¡si puedes creerlo!

¿En Charleston? Claro que puedo creerlo. Aquí todas son debutantes, Hijas de la Confederación o de algún político, Thornhill, Fishburne, Van Noy, Pickney o alguno de los otros apellidos de abolengo de la ciudad. Y a mí no podría importarme menos.

Le pongo dos cucharadas a la cafetera, luego agrego una más. Parece que será un día de tres cucharadas. Tal vez, si le agrego más cafeína a su mañana, logre hacer que mi madrastra y las gemelas salgan antes de las nueve. No es mucho pedir, ¿o sí?

Miro el reloj del microondas. 8:24 a. m. A menos que las gemelas comiencen a moverse a velocidad warp, tendré poco tiempo. Le rezo en silencio al Señor de la Luz, a Q o a quien sea que me escuche: «Por favor, por una vez en la vida, que la madrastra del mal y las gemelas salgan a tiempo». Hoy, a las 9:00 a. m. en punto, *Starfield* hará historia en *Hello, America*. Y no me lo voy a perder. Me niego. Al fin, después de años de retrasos, cambios de director y problemas de distribución, la película es una realidad. Sí, tal vez sea un remake, pero quién soy yo para quejarme; además, hoy harán el esperado anuncio oficial de todos los detalles de la película: el elenco, la trama, todo. Por culpa de Catherine y las gemelas me he perdido maratones de *Starfield*, funciones de medianoche del episodio final en cines y apariciones en convenciones, pero no me voy a perder esto.

—Quieren leer sus votos bajo las magnolias de la plantación Boone Hall —continúa Catherine—. Ya sabes, desde que Ryan Reynolds y su esposa se casaron ahí, el lugar siempre está reservado.

Catherine es coordinadora de bodas. La he visto pasar fines de semana enteros cosiéndole lentejuelas a manteles y estampando invitaciones en la imprenta del centro. La forma en que planea la decoración del lugar del evento, desde el mantel sobre las mesas hasta el color de las flores, hace que cada boda parezca la tierra mágica de los unicornios. Una creería que lo hace porque su propio final feliz quedó interrumpido. Pero es mentira. Quiere que sus bodas aparezcan en *Vogue* e *InStyle*; quiere bodas que aparezcan en Instagram y Pinterest millones de veces. Quiere el renombre, por eso ha gastado todo el dinero del seguro de vida de papá en su negocio. Bueno, su negocio y todo lo que ella dice que es «esencial» para su «imagen».

—Quiero que al menos parezca que compro en Tiffany's —dice, más para sí misma que para mí, con el rollo de siempre: ella antes compraba en Tiffany's, iba a las galas en la plantación Boone Hall, estaba felizmente casada y tenía dos hijas maravillosas. Nunca me menciona a mí, su hijastra. Catherine termina de recortar el cupón con un suspiro—. Pero todo eso fue antes. Antes de que tu padre nos dejara a las gemelas y a mí en esta horrenda casucha.

Y ahí está. Como si fuera mi culpa que ella hubiera desperdiciado todos sus ahorros. Como si fuera culpa de papá. Cojo la taza de *Starfield* de papá —lo único suyo que queda en nuestra casa— y me sirvo un café.

Afuera, el perro del vecino comienza a ladrarle a un corredor que pasa. Vivimos en las afueras del famoso barrio histórico; la casa no es tan vieja para ser una atracción turística, pero tampoco tan nueva para no necesitar una remodelación... aunque no podemos pagarlo de todas formas. Dos calles más y llegas a la Universidad de Charleston. Nuestra casa fue una de las pocas que quedaron en pie

después de que el huracán Hugo diezmara la costa de Carolina del Sur, antes de que yo naciera. La casa tiene algunas goteras, pero todas las casas viejas y buenas las tienen. He vivido aquí toda mi vida. No conozco otra cosa.

Catherine la detesta.

El aroma del café es denso y almendrado. Tomo un sorbo; casi me derrito. Es el paraíso. Catherine carraspea y entonces le sirvo el café en su taza favorita: blanca con flores rosas. Dos cucharadas de azúcar (la única dulzura que se permite cada día), ligeramente mezclado, con tres cubitos de hielo.

Se lo toma sin quitar los ojos de su revista. Y, entonces, cuando el perro del vecino suelta un agudo aullido, baja la taza.

—Una pensaría que los perros aprenderían a callarse. Giorgio ya tiene suficientes preocupaciones sin los ladridos de ese perro. —A Catherine le gusta pensar que se habla de tú con todos, pero sobre todo con la gente a la que considera importante. El señor Ramírez (o sea, Giorgio) es banquero, lo cual significa que tiene mucho dinero, lo cual significa que es alguien influyente en el country club, lo cual significa que es importante—. Si no se calla pronto —continúa con esa voz fría y desapegada tan suya—, yo misma le pondré un bozal.

—Se llama Frank —le recuerdo—. Y no le gusta que lo aten.

—Pues a todos nos toca lidiar con decepciones —me responde y le da otro sorbo a su café. Sus labios color sangre se retuercen en una mueca y me devuelve la taza con brusquedad—. Demasiado amargo. Otro. —A regañadientes, pongo otro cubito de hielo para aguar el café. Toma la taza y le da otro sorbo. Debe estar lo suficientemente desabrido, pues vuelve a sentarlo junto a sus cupones y

estudia de nuevo la columna de chismes de su revista—. ¿Y? —me instiga.

Confundida, la miro, luego a la taza y de nuevo a ella. Me pregunto si he olvidado algo. Llevo siete años haciendo esto... no creo que me falte nada.

Fuera, el perro vuelve a aullar de forma lamentable. «Ah, ya entiendo».

Catherine alza una de sus delgadísimas cejas.

—¿Cómo se supone que tendré una mañana tranquila con ese escándalo? —continúa con esa voz ensayada de sabelotodo—. Si Robin siguiera aquí...

Le devuelvo la mirada. Abro la boca. Comienzo a decir que yo también echo de menos a papá, que yo también quisiera que estuviera aquí... pero algo me detiene. O me detengo. Culpo a la falta de cafeína. Un sorbo no te da el valor instantáneo que proporciona una taza entera. Además, procuro no provocar a Catherine. Intento calmarla, llenarla de cafeína y sacarla de aquí.

Pasa la página de la revista y coge las tijeras de nuevo para recortar un cupón para un abrigo de invierno. Estamos en junio. Estamos en Carolina del Sur.

Pero, entonces, Catherine carraspea de nuevo.

—Danielle, haz algo para que esa bestia se calle.

—Pero...

—Ahora. —Hace un gesto con la mano para apresurarme.

—Claro, *su alteza* —digo en voz baja.

Mientras Catherine organiza sus cupones y examina un artículo sobre el último look de alfombra roja de Jessica Stone, cojo a escondidas el último filete del refrigerador y salgo por la puerta trasera.

El pobre Frank está sentado sobre el lodo fuera de su caseta y azota la cola en un charco. Me mira a través de la tablilla

rota en la tapia. Debido a la lluvia de anoche, su caseta se ha inundado y ahora no hay más que un perro salchicha enlodado con un sucio collar rojo, como le advertí al señor Ramírez —perdón, Giorgio— que pasaría.

El señor Ramírez adoptó a Frank unas semanas después de casarse con su segunda ex esposa, supongo que como prueba antes de tener un hijo. Pero, desde su divorcio hace algunos años, el hombre vive en el trabajo, así que Frank es solo una idea que nunca funcionó y la caseta inundada es evidencia de ello. Al menos el pobre perro puede flotar.

Paso el recipiente por la tapia y acaricio al perro detrás de las orejas, con lo cual mis dedos se llenan de lodo.

—¡Así se hace! Cuando ahorre lo suficiente, lograré sacarnos de aquí. ¿Qué te parece, copiloto? —Agita la cola con emoción sobre el lodo—. Incluso te voy a conseguir unas gafas de sol. El paquete completo.

Frank asoma la lengua por el costado del hocico para mostrar que le agrada la idea. Tal vez ni siquiera hagan gafas de sol para perros, pero he tenido esa imagen en la cabeza desde hace tiempo: Frank y yo en un coche destartado, por la carretera, alejándonos de esta ciudad —con gafas de sol puestas, claro está—, camino de Los Ángeles.

Desde que tengo memoria, mis dedos han tenido la ansiedad de hacer cosas. De escribir. He llenado diarios, terminado fanfics, escapado una y otra vez en las páginas de una vida ajena. Si papá tenía razón —si pudiera ser lo que yo quisiera, *quien* yo quisiera— escribiría una serie como *Starfield* y les diría a otros chicos raros que no están solos. Y cuando termine el próximo año —mi último año de instituto— lo voy a hacer. O comenzaré a hacerlo. Voy a estudiar Guion. Escribiré guiones. Ya tengo un portafolio, más o menos. En este momento, me basta con escribir en mi página web, *Rebelgun-*

ner, donde hablo de lo único de lo que no tengo dudas: *Starfield*. Eso junto con el dinero que logro ahorrar de mi trabajo en el food truck son mi billete de salida de aquí. Algún día.

—¡Danielle! —chilla mi madrastra desde la ventana de la cocina.

Paso las puntas de filete por la tapia y Frank hunde la cabeza en el tazón.

—Tal vez en otro universo, querido —susurro—. Porque, por ahora, mi casa está aquí.

Este lugar tiene demasiados recuerdos para dejarlo, aun si quisiera hacerlo. En teoría, papá me dejó la casa a mí, pero Catherine se ocupa de ella mientras yo todavía soy menor de edad. Así que, hasta entonces...

—¡Danielle!

Hasta entonces estaré aquí con mi madrastra y sus hijas.

—¡Sí! ¡Ya voy! —Le hago un último mimo a Frank detrás de la oreja, me despido y hago la nota mental de volver a por el plato y salgo disparada de vuelta a la cocina.

—¡Niñas! —grita Catherine de nuevo mientras se echa el bolso Gucci al hombro—. Si no os dais prisa, llegaréis tarde con el señor Craig. ¿Niñas? ¡Niñas! Más os vale estar despiertas u os juro que...

Sus pasos retumban por las escaleras hacia la habitación de las gemelas. Miro el reloj. 8:36 a. m. No hay forma de que salgan de aquí a tiempo, al menos no si no hago algo para acelerar el proceso.

De mala gana, reúno kale, fresas y leche de almendra para preparar los batidos matutinos de las gemelas. Catherine, por supuesto, ha dejado la revista abierta en la barra, así que Darien Freeman me sonrío. Tuerzo los labios con una expresión de desprecio. Hay rumores de que participará en la nueva *Starfield*, pero ese es un chiste tan grande

como decir que un pug que anda en patinete interpretará a Carmindor. No puedes poner a una estrella de telenovela a cargo de una galaxia entera.

Qué asco. Presiono BATIR e intento no pensar en ello.

Arriba, escucho aporreos sordos mientras Catherine arrastra a las gemelas fuera de la cama. Ocurre cada mañana, sin excepción.

Mi rutina matutina de verano es la siguiente: despertar, café (cucharada extra los lunes). Catherine revisa los periódicos y recorta cupones. Pasa demasiado tiempo viendo bolsas y vestidos. Dice algo pasivo-agresivo sobre su vida pasada. Me ordena que prepare el desayuno. En vez de eso, alimento a Frank. Catherine sube a gritarles a las gemelas por haber «olvidado» poner el despertador. Sigo sin preparar el desayuno. Diez minutos después, las gemelas pelean por la ducha y Catherine me recuerda que ella es quien tiene las escrituras de la casa, *Danielle*, y a menos que quiera que las cambie por un *apartamento de lujo* —como si esta casa valiera tanto—, más me vale hacer el desayuno. Así que bato el vómito de Grinch. Las gemelas cogen sus termos idénticos y Catherine las empuja por la puerta para llevarlas a clase de tenis.

El resto del día no mejora mucho. Llegaré diez minutos tarde al trabajo, pero gracias a que mi compañera Sage —la hija de la dueña del food truck— está demasiado embobada con sus revistas de moda de Harajuku, no se da cuenta. Después, ocho horas en la Calabaza Mágica, repartiendo buñuelos saludables a banqueros en ajustados trajes y mamás suburbanas que rebotan a sus bebés sobre las caderas. Después, me abro paso por el supermercado, armada con cupones que harán que la cajera haga muecas cuando entorpezca la cola (todo el mundo odia los cupones). De vuel-

ta a casa para la «cena familiar» que yo preparo. Aparecen los comentarios abusivos de las gemelas sobre cómo cocino; después ellas desaparecen por las escaleras para grabar un vlog de belleza sobre la mejor forma de delinearse los ojos o la mejor sombra para combinar con un labial color rubí o lo que sea. Luego fregar los platos, guardar las sobras, visitar una última vez a Frank y a dormir.

Bueno, más o menos. Luego, reposiciones nocturnas de *Starfield* en la televisión cuadrada de papá que tengo en la esquina de mi habitación. Si me siento inspirada, a veces escribo algo sobre el episodio en el blog. Reviso todas las páginas de Stargunners en busca de noticias. Me quedo dormida con la voz del Príncipe de la Federación. *Mira a las estrellas. Apunta. Enciende.*

Me despierto a la mañana siguiente y todo se repite. Pero esta vez —¡sorpresa!— llego a tiempo al trabajo. Quizá Sage me dirija la palabra, para variar. Quizá las gemelas sean amables. Tal vez alguien ponga dos billetes para Los Ángeles en el frasco de propinas. Tal vez le escriba una carta de amor al episodio 43 en lugar de criticar la integridad de los personajes cuando la colonia estalla. Tal vez sueñe con papá.

La batidora gruñe como si sufriera. La dejo descansar, vacío el batido en dos termos separados y miro nerviosa hacia el reloj del microondas: 8:41 a. m.

Después de deslizar el desayuno de las gemelas sobre la barra como la experimentada empleada en la industria alimentaria que soy, escarbo en la alacena en busca del frasco de mantequilla de cacahuete que escondí anoche. Protejo mi mantequilla de cacahuete como Smeagol protege el Anillo —*mi tesoro*—, sin importar en qué dieta «estemos» como familia. Ahora, Catherine está subida al tren de lo paleo, pero el

mes pasado eran los alimentos crudos. Antes de eso fue la dieta South Beach... ¿o fue la Atkins? Era algo con bacon. La semana que viene será baja en grasas o baja en sodio o... lo que sea que se le ocurra. Lo que sea que pueda obligarme a hacer bajo la amenaza de vender la casa, la casa de papá.

Raspo lo último que queda de la mantequilla de cacahuete en el frasco y lo saboreo en la lengua. Acepto las victorias donde sea que pueda conseguirlas.

Arriba, la ducha se cierra y las tuberías gimen. *Por fin.* Las gemelas se están tomando su tiempo esta mañana. Suelen disfrutar sus prácticas de tenis en el country club porque sus amigos siempre están ahí. Es el punto de reunión para los ricos y famosos. ¿Y yo? Catherine siempre sugiere, de manera poco sutil, que el único lugar que podría tener en el club sería cargar los bastones de golf de alguien más.

Desecho el frasco en el bote de basura y reviso el ladrillo indestructible que tengo por teléfono, el que «heredé» cuando papá murió. Otra gran idea de la madrastra del mal, otra forma de ahorrar el dinero que apenas tenemos: las gemelas tienen permitido comprar teléfonos nuevos, pero, si yo quiero uno, tengo que coger lo que sea que encuentre en la casa. Es enorme —podría casi ahuyentar a una nave llena de Reavers con él—, pero al menos da la hora.

Las 8:43 a. m. ¿No pueden irse ya? Por una vez. ¿Podrían, por una vez, salir de la casa antes de las 9 a. m.?

Están arriba, pero la voz nasal de Chloe se oye con toda claridad.

—Pero, *mamá*, ¡Darien Freeman va a salir en televisión hoy! ¡No puedo perderme *eso*!

El corazón se me va al suelo. Si Chloe se apodera de la televisión, no hay forma de que pueda ver *Hello, America*.

—Podemos llegar unos minutos tarde —Calliope insiste.

Cal siempre se pone del lado de Chloe, en todo. Tienen la misma edad que yo —van a empezar el último año escolar—, pero bien podríamos vivir en planetas distintos. Chloe y Calliope son titulares del equipo de tenis de la escuela. Están en el comité organizador del baile. Y no les molesta usar su popularidad para recordarles a todos en la escuela que yo soy poco más que basura, que sin su familia yo sería huérfana.

Gracias. Como si pudiera olvidarlo.

—No podemos perdérselo —dice Chloe—. Tenemos que verlo y hacer un vlog, o *todos* van a subir sus reacciones antes que nosotras. Y eso nos mataría, mamá. Nos mataría.

—Corazones, le pago mucho dinero al señor Craig para que os enseñe a jugar tenis. ¡No voy a desperdiciar vuestras posiciones en el equipo el año que viene por un programa de televisión! —Catherine baja las escaleras y vuelve a entrar a la cocina para escudriñar su bolso—. Danielle, ¿has visto mi teléfono?

Voy hacia la barra para desconectarlo del cargador de pared.

—Aquí está.

—¿Y por qué lo pusiste ahí? —Me arrebató el móvil sin mirarme y comienza a pasar el dedo por su muro de Facebook—. Ah —añade—, y recuerda que mañana es...

—Sí —digo—. Lo sé. —Como si pudiera olvidar la fecha en la que murió mi padre—. ¿Debería comprar orquídeas este año o...?

—¡Niñas! —grita Catherine mientras mira el reloj—. ¡Bajad ya!

—¡Está bien!

Bajan por las escaleras dando pisotones con sus atuendos blancos para jugar tenis y cogen sus batidos de la barra.

Las gemelas son idénticas a Catherine. Cabello rubio, ojos color miel y labios carnosos de rompecorazones. Chloe y mi madrastra están cortadas de la misma tela, pero Cal es un poco distinta, un poco más callada. Creo que es porque se parece más a su padre, quien huyó cuando las gemelas eran pequeñas y se casó con la hija del dueño de un casino en Atlantic City.

En este momento, tienen el cabello rubio atado en ajustadas colas de caballo, y serían indistinguibles si no supiera que Calliope siempre combina sus pendientes con sus gafas de sol moradas y que Chloe siempre lleva un esmalte de uñas distinto, el de hoy: un dulce azul veraniego. A veces la maldad está disfrazada.

—¡No es justo! ¿Por qué Elle no tiene que tomar las estúpidas clases?

—Niñas —mi madrastra las reprende y esboza una sonrisa paciente—, Elle tiene que arreglárselas con los talentos que sí tiene.

Intento ignorarla mientras cojo mis llaves del tazón en el vestíbulo y las meto en mi bolso, fingiendo que me preparo para ir a trabajar. A veces pienso que a Catherine simplemente se le olvida que estoy en la habitación.

—Arruinarás nuestras carreras —la acusa Chloe mientras sorbe el batido verde—. Tenemos que estar pendientes de esto.

—Todos van a estar tuiteando al respecto —añade Calliope—. Desde que tuvimos cien mil visitas en nuestro tutorial de maquillaje de *Seaside Cove*, ¡la gente espera que estemos con todo!

—¡Niñas! —Catherine apunta hacia la puerta con una de sus uñas rosadas—. Clases de cuatrocientos dólares. ¡Ahora!

Calliope pone los ojos en blanco, toma su bolso del perchero en el vestíbulo y sale enfurecida por la puerta hacia el Miata rojo (otra de las «necesidades» para cuidar la «imagen» de mi madrastra). Catherine le lanza una mirada fulminante a la gemela que sigue en la casa. Si hay algo a lo que Chloe no puede hacerle frente es a la desaprobación de su madre. Toma también su bolso —igual que el de Cal, pero en rosa— y sale por la puerta dando pisotones. No envidio ese viaje al club.

Mi madrastra se acomoda el cabello por última vez en señal de victoria frente al espejo del vestíbulo.

—¿Estás segura de que no quieres que te recomiende en el club, Danielle? Estoy segura de que te aceptarían de nuevo, aun después de tu... incidente... del año pasado. Ya has aprendido, ¿verdad?

¿A nunca confiar en un hombre otra vez? Por supuesto. Esbozo una sonrisa educada.

—No, gracias.

—Es el mejor lugar para alguien como tú, ¿sabes? —Niega con la cabeza—. Al final verás que tengo razón.

Dicho eso, cierra la puerta.

Espero hasta que el Miata se aleja de la casa para lanzarme como una flecha hacia la sala y encender la televisión. Las 8:57 a. m. Perfecto. Se supone que el food truck me recogerá a las diez para ir al partido de béisbol de los Labradores al otro lado de la ciudad, así que tengo tiempo de sobra. Durante la hora siguiente, me regocijaré con la que quizá sea la noticia más grande en la historia de *Starfield*.

El momento que acabará con todos los momentos, o quizá creará momentos nuevos. Un *Starfield* nuevo para una nueva generación. Me gusta pensar en esa posibilidad.

Tras tomar el mando a distancia de la mesa de centro, me cruzo de piernas frente a la televisión de 54 pulgadas.

La pantalla negra parpadea y la expectación florece en mi pecho. Quisiera que papá estuviera aquí para ver esto. Quisiera que estuviera sentado junto a mí. Estaría tan emocionado como yo... no, estaría *más* emocionado que yo. Pero la realidad es que no tengo a nadie con quien compartir mi fanatismo sobre quién será quien al fin se vista con las alas estelares de la Federación y siga los legendarios pasos de David Singh, el Príncipe Carmindor original. He bloqueado al respecto durante meses en mi pequeño rincón del mundo, pero nadie lo lee en realidad. *Rebelgunner* es terapéutico, es más bien un diario. Lo más cerca que he estado de tener amigos es la comunidad virtual de Stargunners, donde todos han estado especulando sobre el casting: ¿el tipo de la última versión de *Spiderman*? ¿O tal vez la adorable estrella de Bollywood que está en todos los gifs de Tumblr? Sin importar a quién elijan, más les vale que no blanqueen a mi príncipe.

En la televisión, *Hello, America* está terminando una sección sobre mascotas que hacen tonterías en internet. La presentadora presume de sonrisa radiante y la toma se corta para mostrar al público. Está lleno de chicas —muchas chicas— y todas gritan. Traen pancartas. Tienen camisetas con el mismo nombre escrito en ellas. Un nombre que hace que la emoción que siento en el pecho se enfríe y caiga en mi estómago como una bomba atómica.

Darien Freeman.

Las chicas alzan las manos al aire para la cámara y gritan su nombre. El nombre de una persona. Parece que algunas en verdad van a desmayarse.

Yo no me desmayo.

Mi emoción da una vuelta en U hacia el terror.

No... no puede ser. Debo estar en el canal equivocado.

Presiono el botón INFO del mando a distancia. HELLO, AMERICA dice la leyenda en el fondo de la pantalla, y lo único que quiero es que la Nébula Negra me trague entera.

¿Qué probabilidades hay? ¿Qué probabilidades hay de que él esté en el mismo programa? ¿Qué probabilidades hay de que él sea el invitado especial el día en que anunciarán el reparto de *Starfield*?

Pero la conductora sonrío, repite unas cuantas palabras de su guion y, de pronto, mis miedos se materializan.

El logotipo de *Starfield* resplandece en la pantalla detrás de ellos. Este momento se ha convertido en un desastre al que no le puedo quitar los ojos de encima. Mi fanatismo entero se cae a pedazos en un burbujeante pozo de desesperanza.

No. No es él. No puede ser él.

Darien Freeman no es mi Carmindor, Príncipe de la Federación.